

Mantis



Carmen Menéndez García

# Mantis

septem   
ediciones

*Mantis*

SEPTEM LITTERA

Primera edición: mayo, 2009

© 2009 Carmen Menéndez García

La autora de este libro recibió una subvención a la creación literaria de la Consejería de  
Cultura y Turismo del Principado de Asturias.

© de esta edición: Septem Ediciones, S.L., Oviedo, 2009

e-mail: [info@septemediciones.com](mailto:info@septemediciones.com)

[www.septemediciones.com](http://www.septemediciones.com)

Blog: [septemediciones.blogspot.com](http://septemediciones.blogspot.com)

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del editor. Derechos exclusivos reservados para todo el mundo. El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. La editorial no se hace responsable, en ningún caso, de las opiniones expresadas por el autor. La editorial no tiene obligación legal alguna de verificar ni la veracidad, vigencia, exhaustividad y/o autenticidad de los datos incluidos en el texto, por lo que carece de responsabilidad ante los posibles daños y perjuicios de toda naturaleza que pudieran derivarse de la utilización de aquéllos o que puedan deberse a la posible ilicitud, carácter lesivo, falta de veracidad, vigencia, exhaustividad y/o autenticidad de la información proporcionada.

DISEÑO CUBIERTA Y COMPAGINACIÓN: Me&R Studio

FOTO PORTADA: Mario Rojas

ISBN: 978-84-92536-23-8

D. L.: M-\_\_\_\_-2009

Impreso en España — *Printed in Spain*

*Para mis hijos: Vera, Berta y Jaime*



*“Pero este poder creador difiere mucho del poder creador de los hombres. Y debemos admitir que sería una pena si lo obstruyeran o lo tiraran, porque fue ganado con siglos de la más severa disciplina, y no hay nada que pueda reemplazarlo. Sería una pena que las mujeres escribieran como los hombres...”*

VIRGINIA WOOLF.





**ENTRÉ EN EL BAÑO.** Saqué del bolso la petaca y bebí un trago. La angustia se estaba haciendo insoportable. Me arreglé el pelo y me pinté los labios. Me perfumé el cuello y la boca (lo hacía siempre para quitarme el olor a ron).

Era pintor, era joven, mucho más joven que yo, pero eso no había sido nunca un problema para mí. Desde que había cumplido los treinta, excepto mi marido, con el que llevaba casada desde los dieciséis años, todos los hombres con los que había tenido relaciones eran más jóvenes que yo. Yo les gustaba a ellos y ellos me gustaban a mí. Nunca tuve complejo con mi físico, la verdad es que nunca tuve motivos. Era alta, delgada, tenía unos ojos bonitos y una boca de labios gruesos. Tenía un bonito culo y unos pechos con unos pezones que enloquecían a los hombres. En realidad, creo que después de cada relación la percepción sobre mí misma mejoraba.

Mi marido lo sabía, ¡claro que lo sabía!, y le importaba. Pero también sabía que era el precio que tenía que pagar para que yo continuara a su lado. Y que yo continuara a su lado era algo muy importante en su vida. Yo era la pieza central del puzzle de su existencia. Si la pieza desaparecía o se estropeaba, el puzzle carecería de significado. Y yo también estaba interesada en que el puzzle no se deshiciera.

Salí otra vez a la sala. La recepción estaba en pleno apogeo. Los camareros iban y venían con bandejas llenas de bebidas selectas y exquisitos canapés. Las mujeres portaban vestidos largos, de modistos conocidos. Ellos, como siempre, con su esmoquin-uniforme, aunque algunos iban introduciendo en la prenda pequeños toques de modernidad. Yo llevaba, como siempre, un vestido negro, largo, ceñido. En esta ocasión, subido por delante y con un gran escote en forma de V en la espalda. Notaba las miradas de ellos, lascivas, y las de ellas, recelosas. Las de ellas —a sus miradas me refiero— pasaban de mi vestido y mi culo a las caras de sus maridos, en una rápida continuidad que intentaba leer algo. Nada había que leer porque no había nada. No eran miradas envidiosas, no, no lo eran; ni de odio, ni de desprecio; eran sólo eso, recelosas, como si temieran algo, que ni ellas sabían el qué. Me llevaba bien con casi todas, con las miradas y con las mujeres, incluso algunas eran mis amigas. No sabían, pero lo sospechaban todo. A veces, sospechaban más cosas de las que había. A ellas les gustaba, y a mí también, por eso dejábamos las cosas estar, así, tal y como parecía que eran.

Me acerqué a uno de los camareros que sostenía una bandeja y cogí una copa de champaña. Con la copa y una amplia sonrisa —porque me encontraba otra vez bien— me dirigí a una mesa que estaba cerca de uno de los balcones, con las puertas entreabiertas y las cortinas de terciopelo azul a medio correr. La luz de la terraza iluminada hacía sombras en los dos hombres que hablaban junto al balcón. —Lo que voy a explicar a continuación hace fácil entender, sin que añada nada más sobre ellos, quienes eran—.

El más joven tenía el pelo negro, un poco largo y un poco rizado. Alto, delgado. Tendría unos treinta años. Vestía traje

oscuro, camisa blanca y corbata negra, pero no llevaba esmoquin. Tenía una copa de champaña vacía en la mano. El de más edad llevaba un esmoquin italiano que lo diferenciaba ligeramente del resto, dándole un toque de elegancia.

Hablaban animadamente, bueno, quiero decir, hablaba el de más edad, el más joven escuchaba. ¿De qué hablaban? No lo sé, era difícil saberlo a la distancia a la que yo me encontraba y analizando sólo sus gestos; pero ni hablaban del partido de tenis de la noche anterior, ni del último atentado terrorista que había dejado tres muertos. Esperé mirándolos de cuando en cuando. Me encontraba en un lugar un poco escondido, imposible de ver para ellos y difícil para el resto de los habitantes de la sala. Estaba sola, y me pregunté qué podía tener aquel hombre que despertaba mi interés de esa manera. Volví la cabeza otra vez hacia la puerta de la terraza y ya no estaban. En su lugar, dos de esas mujeres con vestidos de firma gesticulaban de forma poco acorde con sus vestimentas y, en este caso, era fácil adivinar que cualquiera de las noticias de cualquiera de los programas del corazón de alguna de las cadenas de televisión era el motivo de su acaloramiento. Me acerqué a ellas, efectivamente, el motivo de su amena charla era el nuevo novio de una conocida presentadora de televisión. Se volvieron al unísono cuando sintieron mi presencia y me miraron.

—Hola Julia —me dijo la que iba vestida de malva. La velada está resultando muy agradable y tú estás, como siempre, guapísima. Creo que van a empezar los discursos, me parece que están preparando los micrófonos, ¿nos acercamos?

—Id vosotras, voy a salir a la terraza, hace demasiado calor dentro.